

Te quedan **8** artículos
gratis este mes

SUSCRÍBETE POR 1€

El arquitecto convertido en pobre hombre

Al valenciano Rafael Guastavino, tan famoso como olvidado, le llueven las biografías. Andrés Barba hilvana la vida de quien fue capaz de patentar una técnica constructiva medieval para dotar los edificios de Nueva York de un estilo. Lejos de cualquier épica, la narración rescata una sucesión de esfuerzos, logros y humillaciones, la vida de una persona corriente en medio de un marco excepcional

ANATXU ZABALBEASCOA

15 DIC 2020 - 09:42 CET



Restauración del teatro de la Massa de Vilassar de Dalt, Barcelona, obra del arquitecto Rafael Guastavino. Construido en 1881. JOAN SÁNCHEZ

Andrés Barba es un escritor valiente. No solo se ha atrevido a biografar a uno de los arquitectos más pintorescos de la historia. Lo ha hecho por duplicado: rescatando en *Vida de Guastavino y Guastavino* (Anagrama) la de los dos Rafael Guastavino, padre e hijo, el iniciador y el continuador de la exportación de las bóvedas tabicadas a Norteamérica. Y lo ha hecho partiendo de la misma premisa-excusa: “No sabemos nada y la historia es mentira y el amor no existe”.

El problema de tratar de escribir una biografía doble en 100 páginas es que, por mucha novela que tengan las vidas –que sabemos que la tienen superando con creces cualquier ficción– uno siempre acaba encontrando a un pobre hombre. Es eso –cómo olvidarlo en estos días de miedo y desorientación– lo que nos une como especie: el dolor, el miedo y –cada uno como puede– la construcción de la esperanza. Por eso la tentación de explicar una vida desde el dolor, la duda o la torpeza genera verosimilitud, es decir: cercanía. Y desdibuja cualquier logro: técnico, económico o vital. Sin embargo, de la misma manera que no tendría sentido una hagiografía que omitiera que Marie Curie murió del cáncer que le produjeron las radiaciones que investigó para curar el cáncer, no sería justo centrarse solo en la equivocación, la torpeza y la enfermedad para retratar a la mujer que obtuvo el premio Nobel de química. Y el de física.

Antigua estación del Metro de City Hall, diseñada por Rafael Guastavino a principios del siglo XX.

Con recursos narrativos borgianos para instalar al lector en la duda entre la imaginación y los hechos y empujarlo hacia el juego de la verdad –al fin y al cabo siempre parcial, esquivada y relativa–, Barba empieza con un clásico: *excusatio non petita, accusatio manifesta*. Anota que la sociedad nos hace confundir información con sabiduría para rematar su conocimiento-convencimiento a modo de advertencia: “No importa cuán documentado esté un texto, una biografía es inevitablemente una ficción”. Ciertamente. Cualquier relato lo es, pero si la documentación del andamiaje que lo sustenta no es lo

suficientemente plural, puede que al final el que termine por aparecer entre líneas sea más el biógrafo que el biografiado.

Así, quien empieza contando que la historia es mentira y el amor no existe, dedica el libro a su hijo Roque. Y es difícil intuir que tras una dedicatoria a un niño se esconda una astucia más que una contradicción. Tras esas palabras nos ponemos a perseguir a Rafael Guastavino que se embarca hacia Nueva York en 1881 con una estafa a las espaldas, la chica de servicio como compañera y un niño, solo uno de sus hijos, el otro Rafael Guastavino –de carácter aparentemente distinto pero, atendiendo a la ficción de Barba–, de naturaleza y logros cercanos.

El arquitecto Rafael Guastavino (Valencia, 1842, Estados Unidos, 1908). REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

Una biografía que especifica: “se sabe que por ejemplo se muda a Barcelona con 17 años y se aloja en casa de su tío”. Para a continuación opinar que el tío es “demasiado rico para no ser aprovechado” o que Guastavino “abomina de Valencia y de su padre ebanista” sin aclarar por qué, más bien es una ficción. O, ay, una rabieta.

Lo mejor de la ficción biográfica –disculpen el palabro– perpetrada por un buen escritor como Barba es que tras leerla ya no sabremos nunca quién fue Guastavino, si el padre, el hijo, una mezcla de ambos o ninguno de los dos. Es decir: nos quedaremos dudando para los restos. Eso redundará en su leyenda. Y como leyenda es un ejercicio optimista de superación: un tipo sin estudios que patenta un sistema constructivo medieval y que consigue levantar la identidad de una ciudad en construcción: Nueva York. Eso, lo decíamos, multiplicado por dos. Hubo dos Rafael Guastavino constructores en Nueva York. Ambos llegaron en barco. Ambos triunfaron y fracasaron. Ambos estuvieron

acompañados –en algún momento– por mujeres que los entendieron. O no. Ambos tuvieron hijos. Ambos construyeron la pionera arquitectura sólida y artística que se levantó en Boston y en Manhattan. Ambos vieron llegar la muerte como habían visto llegar el fin de su tiempo. Como habían intuido el horizonte de sus vidas.

Los ricos –de Barcelona primero o de Nueva York después– como “los Güell, los Muntadas, los Oliver, los Blajot” o “los Vanderbilt, los Morgan, los Rockefeller” actúan en esta novela como el coro. Aparecen de vez en cuando en el relato como la voz de la sabiduría, que también puede leerse como del resentimiento, “esa extraña fragilidad aleatoria con que los ricos eligen a sus amigos menos ricos pero sí inteligentes, menos ricos pero grandes artistas para dar color a sus vidas y sacudirse el enorme aburrimiento”. Le ha faltado a Barba escribir *guapos*, como si el dinero no sirviera también para eso: para ser más guapos, cultos e inteligentes, nobleza obliga, que los pobres con los que él quiere distraerlos. “Eso que tan bien saben hacer los Güell, los Muntadas, los Oliver, los Blajot: esperar y dejar que se maten los idiotas”. Escribe Barba para describir la paciencia que también es la educación. Y ahí da con una de las claves del libro: ¿quién es el idiota? Contestar a esa pregunta nos ayudaría a tratar de entender mejor no lo que pensaron los Guastavino, lo que piensa el propio Barba.

Así, escrita desde el descreimiento –“Adora a tu ciudad pero no mucho tiempo”, anota citando a Eugenio Montejo–, en esta biografía parece aflorar con frecuencia el escritor respirando por heridas ajenas. Puede ser un ejercicio de riesgo, de introspección o de egocentrismo. No lo es de empatía. Puede que él mismo se relacione con el destierro, puede que rabie ante los que se quedan “siendo más tontos que uno mismo”. Naturalmente no sabemos si es cierto o no que Barba sea o piense así, pero podría perfectamente serlo, si le aplicamos el trato que él le ha dado a Guastavino. A los dos Guastavino.